
PRESENTACIÓN

por Domingo Melero

I. Tiene el lector ante sí un librito sencillo, no muy extenso y de lectura inicialmente fácil que, sin embargo, posee un extraño vigor y una notable intensidad que lo emparentan con otros grandes textos de su tradición. En el amplio campo del ensayo espiritual y, más en concreto, del ensayo espiritual cristiano –muchas veces lamentablemente mediocre–, Légaut quedará como uno de los autores más interesantes de nuestro siglo y, entre los títulos suyos que perduren, éste, sin duda, ocupará un lugar destacado.

¿Cuál es la autoridad del que esto escribe para decirlo y sostenerlo? Ninguna que se pueda homologar por algún criterio objetivo de saber o ciencia socialmente reconocidos. Detrás de su firma no hay más que lo que puede haber en cualquier otro: bastantes años de lecturas y de búsquedas, compartidas con algunos amigos inestimables, y la sinceridad, hasta donde se le alcanza saber de sí mismo. Sólo por razón de ellas, dice (no sin cierto énfasis que los que le conocen saben que no le cuadra si no es en ocasiones como ésta, en que tiene que pronunciarse en público) que no ha encontrado en su vida otro autor –no otro hombre pues gracias a Dios ha conocido algunos– en el que haya encontrado expresado, con mayor adecuación que en Légaut, el espíritu que él cree ser esencial en la búsqueda propiamente humana y en el discipulado respecto de nuestro señor, Jesucristo.

¿Qué añadir después de estos dos párrafos más bien abruptos? Quizás sea bueno preguntarse por la fuente y razón del extraño vigor y de la notable intensidad de este librito. Y, para ello, quizás sea lo más indicado comenzar por reparar en una afinidad significativa de

dos de los títulos de los capítulos que lo forman y por señalar, además, la distinción capital que se enuncia en otro de esos títulos. Los capítulos primero y cuarto tienen, en efecto, dos términos afines: confesión y testimonio (“confesión de un intelectual” y “el testimonio del adulto”). Y el tercero desarrolla una primera y fundamental distinción entre “investigaciones intelectuales” y “búsqueda religiosa” (*recherches* en ambos casos en francés). *Confesión*, *testimonio* y *búsqueda* son nombres que expresan bien la fuente y razón del vigor e intensidad que se perciben en el estilo de todo el libro. Y, para mostrar lo fundamental de la distinción entre investigaciones intelectuales y búsqueda religiosa así como para comprender lo peculiar que Légaut busca, podemos mencionar otra distinción muy de Légaut, que formuló en una conferencia en que presentaba el libro que siguió a éste (*El hombre en busca de su humanidad*, de 1970):

Quiero empezar diciéndoos esto: *mi libro no es un libro de doctrina sino un libro de itinerario*. Me atrevería a decir que se trata de una especie de libro bastante rara y escasa. Pues, en general, en el tema religioso —como también en muchos otros temas, por otra parte— nos encontramos mucho más con libros de doctrina: se dice el objetivo al que hay que llegar y se deja sólo al lector ante la tarea de alcanzarlo. Un libro de itinerario es algo muy distinto: es un libro que, en vez de hablar del objetivo que hay que alcanzar, lo que pretende es indicar —al menos para quien escribe dicho libro— el camino que se ha tomado para intentarlo. De manera que un libro de doctrina habla claramente del objetivo pero no dice en absoluto de forma precisa —y a veces incluso olvida mencionarlo por completo— cómo se llega a dicho objetivo. Un libro de itinerario es completamente al revés: es un libro que no quiere hablar del objetivo pues, precisamente, el objetivo depende del camino que se lleve. Según el itinerario que se haya seguido para alcanzar el objetivo, las palabras que se empleen para explicarlo tendrán su propio valor pues estarán cargadas con toda la experiencia del itinerario seguido, experiencia que le ha llevado a utilizarlas. (1)

El trabajo de la fe (igual que *El hombre en busca de su humanidad*) es,

(1) Cfr. M. LÉGAUT, “El hilo conductor de mi obra”, en *Cuadernos de la Diáspora* 5, Valencia, 1996, pág. 34.

pues, un “libro de itinerario”, un libro de experiencia donde un hombre habla, lo más honestamente que puede, de lo que le ha sido dado comprender a partir de reflexionar sobre su propia existencia. En esto reside la autenticidad y la garantía de perdurabilidad de sus obras. Por otra parte, en 1972, Légaut podía reconocer, mirando al pasado, que sus libros eran el fruto de algo entrevisto en un sueño lejano:

Recuerdo que, hacia 1925, 1930, concebí el proyecto infantil, una especie de sueño, de escribir algún día sobre la vida espiritual evitando la inflación sentimental y la sistematización intelectual que había marcado tan fuertemente la formación cristiana de mi juventud. Decir con modestia, con honestidad de espíritu, exactamente lo que se vive, en las horas, raras por desgracia, en que uno es verdaderamente uno mismo en la autenticidad y la lucidez. No más, ni tampoco menos. Ni huir ni callar lo que es, en nombre de lo que debería ser, como hacen tantos libros que tratan de la religión. Mantenerse radicalmente independiente respecto de la idea de cómo eso podría ser recibido. Esta ambición, se la debo indirectamente a M. Portal, pero también al Rvdo. P. Teilhard de Chardin, quien, en diversas ocasiones, tuvo ocasión de mostrar a los normalistas que la integridad intelectual, la firmeza de carácter, la sobriedad afectiva, si no lírica (...), son indispensables para una vida espiritual real y sana. (2)

Légaut estuvo a la altura de ese “sueño” a través de una arriesgada fidelidad que le llevó a un importante cambio biográfico. Su “*retour à la terre*” lo llevó a unos años de barbecho intelectual y a un punto de no retorno. Su ruptura con el *modo* de vida universitario supuso un descenso social del que ya no podía volver atrás aunque quisiera y que le hizo sentirse como “enterrado en vida”. Y, sin embargo, de esta situación (3) brotó, gracias al espíritu con que llegó y se mantuvo en ella, la fecundidad que luego se fue plasmando en su peculiar

(2) LÉGAUT-VARILLON, *Debate sobre la fe - Dos cristianos en camino* (L-V I y II), Madrid, AML, 2007 (1972 y 1978), pág. 20. Légaut no era un niño cuando concibió este “proyecto infantil”. Su relación con Portal fue entre los diecinueve y los veintiséis años. En L-V I y II, p. 21-3, ver la misma diferencia de la cita anterior entre dos tipos de libros.

(3) Ver el beneficio de esta situación, que Légaut aconseja no en su literalidad sino en su talante, en: *Crear en la Iglesia del futuro*, Madrid, AML, 2013, págs. 236-248.

escritura; una escritura en la que, en cierto modo, el itinerario y la pregunta hacia la idea son más fundamentales que la idea misma, y en la que ni la intensidad quita conocimiento ni el pensar apaga el sentir, antes al contrario; de forma que el lector puede leerse a sí mismo cuando lo lee a él, porque también cualquier lector adulto, que ha vivido con suficiente decisión, conoce, a su modo, la situación de no retorno, de descenso social y de vivir como enterrado en vida; y sintoniza con un autor que afronta su situación con lucidez y, por ello, ayuda a otros a hacer lo mismo.

Légaut, para nombrar la condición idónea para una reflexión verdadera, también habló a veces de la necesidad de “*dépaysement*”, de vivir como “exiliado”, como “deportado”. En este sentido se expresaba en un fragmento de una carta de 1946:

Se acerca la hora en que se comprenderán mejor los signos de este tiempo. Presiento el inmenso esfuerzo intelectual y religioso que hay que hacer para salir de los modos de pensar, de los ideales, de las evidencias incontroladas e implícitas que alimentan nuestra vida intelectual, nuestras construcciones y nuestros juicios. No hay que estar instalados. *Es necesaria una deportación religiosa e intelectual, un exilio que antaño se buscaba en el desierto, un cambio de situación que se buscaba marchándose.* Estamos terriblemente instalados en la vida. La situación privilegiada del funcionario seguro de su sustento cotidiano, la familia, la vejez, el papel social, nuestra clase, nación, época, todos esos asientos que podrían ser sólo asentamientos, todas esas fuentes de estabilidad que podrían no serlo de estancamiento, pero que de hecho lo son, si no de derecho. Nada grande, nuevo, creador pueden hacer los que no son capaces de vivir aquí abajo como deportados. (4)

El testimonio de otro “enterrado en vida”, de otro “deportado” —esta vez de nuestro ámbito cultural— quizás sea útil para comprender mejor el valor de esta situación exterior que muchas veces se revela como condición de posibilidad indispensable para un pensamiento verdaderamente arraigado en una existencia. Pienso en el Antonio Machado de Baeza que, en una de sus cartas a

(4) Thérèse DE SCOTT, *Devenir disciple de Jésus*, París-Gembloux, págs. 13-14

Unamuno, crítica –no sin calor ni espíritu polémico– la “superstición de la cultura”, y plantea una vía de renovación intelectual afín a la de Légaut:

Cuando se vive en estos páramos espirituales, no se puede escribir nada suave, porque necesita uno la indignación para no helarse también. Además, esto es España más que el Ateneo de Madrid. Yo desde aquí comprendo cuán a tono está con la realidad esa desgarrada y soberbia composición de usted [se refiere al “Cristo de Palencia”] y comprendo también su repulsión por esas mandangas y garliborleos de los modernistas cortesianos. A esos jóvenes, los llevaría yo a la Alpujarra (sic) y los dejaría un par de años allí. Creo que esto sería más útil que pensionarlos para estudiar en la Sorbona [Machado se refiere a las ayudas de la Junta para la Ampliación de Estudios]. Muchos seguramente desaparecerían del mundo de las letras, pero acaso algunos encontrarían acentos más hondos y verdaderos. Yo no me atrevo a decir en público ciertas cosas, por miedo a que se me crea defensor de la barbarie nacional, pero temo también que se forme en España cierta *superstición de la cultura* que puede ser funesta. Me parece muy bien que se mande a los grandes centros de cultura a la juventud estudiosa, pero me parece muchísimo mejor la labor de usted cuando nos aconseja *sacar con nuestras propias uñas algo de nuestras mismas entrañas*. Esto, que no excluye lo otro, me parece lo esencial. Yo he vivido cuatro años en París y algo, aunque poco, he aprendido allí. En seis años rodando por poblaciones de quinto orden, he aprendido infinitamente más. No sé si esto es para todos, pero cada cual es hijo de su experiencia. Además, estoy convencido de que los hombres que van dejando huella en el alma nacional como usted y Costa en nuestra época, son aquellos que más desafinan en el concierto cortesano y los que no han buscado la cultura hecha, como el escobero del cuento de las escobas. Su voz parece ruda y extemporánea pero, al fin, comprendemos que estaban a tono con realidades más hondas y verdaderas. Si a Cervantes lo hubieran protegido los magnates de su tiempo, es posible que no hubiera pasado de autor de *La Galatea*. (°)

Indicar la paciencia, la intensidad y el rigor que atraviesan los textos de *Trabajo de la fe* era lo esencial. Sin embargo, no estará de más que añaa-

(°) Antonio MACHADO, *Poesía y Prosa completa* (PPC) Madrid, Espasa-Calpe, 1989, pág. 1534-5.

damos algo que ayude a situar y a entrar en este librito. Para situarlo, hablaré del lugar que ocupa en el conjunto de la obra del autor, y lo haré contando los avatares editoriales tanto de éste como de otros libros de Légaut. Y, para lo segundo, para entrar en él, indicaré la unidad que me parece ver que subyace en este libro aparentemente misceláneo.

II. La primera versión en español de *El trabajo de la fe* se tradujo de la versión francesa de 1962 y se editó bajo el título de “Búsqueda, fracaso y plenitud”; un título que obviaba la posible extrañeza del que Légaut había escogido pero que, sin embargo, expresaba bien el “movimiento” interno de los desarrollos del libro. La edición fue en 1974, al amparo del éxito suficiente de *El hombre en busca de su humanidad* y de *Introducción a la inteligencia del pasado y del porvenir del cristianismo*. Pero hace muchos años que se agotó y la editorial española que publicó estos tres libros dejó de interesarse en Légaut.

En 1988, veintiséis años después de la primera edición francesa, Légaut revisó el texto primitivo y Desclée de Brouwer, que en 1962 lo había rechazado, aceptó con gusto reeditarlo. Légaut estaba cerca ya del final de su vida y de su última y larga etapa de escritor. El número importante de sus lectores justificaba la reedición de un libro al que el propio autor, al revisarlo, reconocía el valor de ser una obra germinalmente madura: “las ideas principales que luego desarrollé ya estaban en esta obrita de forma bastante explícita”, hemos visto que decía en el Prefacio de esta reedición.

Dado que, poco a poco, a través de la publicación de algunos textos, se va extendiendo también en España el conocimiento de Marcel Légaut entre un número suficiente de lectores, para proceder con orden, era bueno ofrecer de nuevo este librito germinal de 1962, pero en la versión revisada suya y en una nueva traducción. Hasta ahora, las iniciativas editoriales no han apuntado a publicar con orden los libros de Légaut. Sin embargo, el lector en lengua castellana dispone de cuatro títulos: *El Hombre en busca de su humanidad*, de 1971, *Llegar a ser uno mismo*, de 1980, y otros dos: *Meditación de un cristiano del siglo*

XX, de 1983, y *Creer en la Iglesia del futuro*. Por otra parte, en catalán se ha editado *Pregàries d'home* (6).

Si nos fijamos en los años de la publicación de sus libros, podemos saber también a qué edad se escribieron porque Légaut nació en 1900, un año antes de comenzar el siglo. El dato principal que aportan las fechas es que Légaut comienza a escribir de mayor, cuando muchos piensan que ya han acabado su tarea. Por eso, más allá de las peripecias editoriales, conviene conocer el orden con que Légaut fue escribiendo su obra ya jubilado, y apreciar su hondo y pormenorizado modo de ver las cosas desde la última vuelta del camino.

Si *El trabajo de la fe* es el fruto exiguo de un primer ciclo de veinte años, es decir, las décadas maduras de los cuarenta y cincuenta de su edad, vividas en les Granges como campesino, este fruto, sin embargo, germinará enseguida en dos ciclos posteriores. El segundo ciclo surgió también de una serie de escritos ocasionales de la década de los sesenta, culminó en las obras de 1970-71, y se prolongó en otros títulos de los setenta. Légaut escribía para sí mismo, para aclararse, pero eso no impedía que publicase sus resultados en los *Cahiers universitaires* y que los expusiese en forma de charlas a los amigos que acudían en verano a Les Granges, en las estribaciones de los Alpes. Esta nueva serie de textos surgió con más capacidad de organizarse en forma de libro. Me refiero a los textos que se recogieron en los dos tomos, I y II: *El hombre en busca de su humanidad* (HBH) e *Introducción al pasado y al porvenir del cristianismo* (IIPAC) (7).

(6) Estos datos son de 1996. Para los datos bibliográficos completos de las obras de Légaut traducidas al castellano y al catalán, no en 1996 sino en 2020, ver al final del libro. *Creer en la Iglesia del futuro* (CIF) es traducción de una reedición, en 1985, con el título *Croire à l'Eglise de l'avenir*, de cuatro de los cinco capítulos finales de *Introducción a la inteligencia del pasado y porvenir del cristianismo* (IIPAC, 1970). Agotada la edición de CIF en Sal Terrae, la AML ofrece, desde 2013, una edición completa de los cinco capítulos finales de IIPAC.

(7) *Introducción a la inteligencia del pasado y del porvenir del cristianismo* es otro libro fundamental de Légaut que confiamos reeditar pronto. Era la segunda parte de un libro

Hubo un tercer ciclo en los años ochenta, después de que Légaut salió de su granja, bajó de su montaña y entró en contacto con auditorios importantes y grupos de lectores. En este tercer ciclo se aprecian tres tendencias no nuevas pero sí más marcadas: (i) una mayor capacidad de unidad, casi de sistema, para analizar y articular las cuestiones desde el punto de vista humano (pienso en *Llegar a ser uno mismo*, de 1980); (ii) una vuelta al estilo expresamente meditativo de abordar la vida de Jesús de Nazaret (pienso en *Meditación de un cristiano del siglo XX*, de 1983) ⁽⁸⁾; y (iii) una mayor radicalidad al tratar los problemas del porvenir del cristianismo (pienso en *Un homme de foi et son église*, 1988, y en *Vie spirituelle et modernité*, 1992).

Trabajo de la fe es, pues, el pórtico de toda la obra posterior de Légaut. Contiene en germen su unidad, no a título de parte sino de fundamento. Tiene el brío de una obertura y en él anidan los temas de los desarrollos posteriores. “Desde entonces no he hecho sino repetirme”, nos recuerda Thérèse de Scott que decía Légaut, aunque, “no sin una punta de exageración”, como apostilla ella ⁽⁹⁾. Légaut, casi

mayor, del que *El hombre en busca de su humanidad* era la primera. Légaut destinaba el título de “El cumplimiento humano” al conjunto. La “prudencia” de los editores hizo que, en años postconciliares, se publicase antes la parte explícitamente cristiana, prescindiendo de que, para entenderla, había que contar con la experiencia humana que estaba en la base de todo el desarrollo, que se formulaba en *El hombre en busca de su humanidad* y que se publicó después. Separados en dos tomos las dos partes, se rompía -y mal- la unidad entre lo humano y lo cristiano que *Trabajo de la fe* conservaba; unidad a la que el autor regresa por el hecho de haber revisado y reconocido como muy suyo este libro en 1988.

⁽⁸⁾ Si digo “vuelta” es porque Légaut ya había publicado dos libros de meditaciones evangélicas antes de la guerra (*Prières d'un croyant*, de 1933, y *La condition chrétienne*, de 1937). Antes de 1940, Légaut publicó además *La communauté humaine* (1939). Hay un estudio sobre estos primeros libros: Thérèse DE SCOTT, *En voie devenir disciple (lecture des premières oeuvres de M.L.)*, 1993, Bruselas, edición de la autora. Aunque hablo, en el texto, de tres ciclos en la obra de Légaut, si abarcásemos lo publicado antes de 1940, habría que incluir un ciclo anterior a la Guerra.

⁽⁹⁾ Thérèse DE SCOTT, *Devenir disciple de Jésus*, París-Gembloux, 1988, pág. 17.

cuarenta años después de haber comenzado a escribir las páginas que formarían este librito, aún se reconocía en ellas. Sepan por tanto sus lectores que, en la medida en que su lectura se desdoble en sucesivas relecturas con el paso de los años, encontrarán, en este texto, alimento para renovadas reflexiones.

III. Digamos ahora algo sobre el contenido y la unidad interna de los capítulos de *Trabajo de la fe*. *Trabajo de la fe* está compuesto de siete capítulos que fueron textos independientes. Son una selección de sus charlas y testimonios. Thérèse de Scott los presenta así:

Siete pequeños textos, (...) de los que su forma intelectual sorprende, son todo lo que, prácticamente, publicó Légaut en el espacio de veinte años, a partir de su retorno a la tierra. Varios de entre ellos se escribieron o pronunciaron por invitación del P. Dabosville, del Oratorio, que, desde la guerra, era el sucesor del P. Paris como capellán de la Parroquia universitaria. Con una profunda simpatía hacia Légaut, algunas veces le invitó a intervenir en las Jornadas universitarias y publicó, además, cinco de esos textos en la revista de la asociación. No obstante, el medio principal donde [Légaut] elaboraba sus reflexiones sobre la vida espiritual seguían siendo las reuniones de verano en Les Granges. Un grupo reducido de amigos, reconstituido en 1945, se ampliaba a partir de 1952.

Diez años separan la redacción del primero y del último de los siete ensayos reunidos en *El trabajo de la fe*. La sucesión de los capítulos no se corresponde con el orden cronológico de los textos. Un interés de coherencia en torno al tema central (la realización espiritual del hombre y del cristiano) rige su sucesión. Ese tema ha sido el eje secreto de cada acercamiento parcial, antes de ser el tema propio del último capítulo que los recapitula y completa. ⁽¹⁰⁾

Subrayemos, primero, tres observaciones. Por una parte, el libro no es exhaustivo pero recoge los artículos de Légaut más significativos de los años cincuenta, escritos sin ningún plan, si se exceptúa la intención de reflexionar a partir de la propia existencia. Por otra parte, pese al carácter aparentemente misceláneo y disperso, el hecho de que

⁽¹⁰⁾ Thérèse DE SCOTT, *Devenir disciple de Jésus*, Bruselas, 1988, págs. 13 y 18.

Légaut reuniese sus textos sin respetar el orden cronológico indica que se le impuso un *orden* escondido, una coherencia interna en torno a un tema central que se recapitula y completa en el último capítulo y que sintetizan títulos posteriores como el hombre en busca de su humanidad o llegar a ser uno mismo. Es decir, la fe inspira un trabajo de fidelidad cuyo término es el cumplimiento espiritual, entendiendo cumplimiento no en el sentido moral, de cumplir una ley, sino en el sentido biográfico de llevar a cabo una misión, aquello para lo que cada ser humano ha nacido.

Examinemos ahora, con algo de detalle, cuál es el orden y la unidad en la que Légaut debió de pensar al disponer los textos tal como lo hizo. De hecho, no hay nada más impresionante –dicho de nuevo con cierto énfasis– que una obra sostenida durante años en busca de su propia unidad. No en vano el *unum* es un trascendental afín al *pulchrum* y el orden y la unidad son nombres del ámbito de la belleza. En Légaut sucede esto tanto en el caso de este librito como en el del conjunto de su obra: una unidad que se sabe y que se busca en su despliegue. La unidad entre el pensamiento espontáneo y el pensamiento reflexivo se dan en él a través de una maduración espiritual suficientemente lograda.

Ante todo, los datos. El primer capítulo, “Confesión de un intelectual” es de 1951; el segundo, “Vida de fe”, es seis años posterior, 1957, y el tercero es de diciembre de 1959. De modo que los tres primeros capítulos sí que siguen un orden cronológico. El orden se rompe con el cuarto, “El testimonio del adulto”, que cronológicamente tendría que haber sido el segundo porque su año de publicación es 1952. El quinto y el sexto también son anteriores al tercero, aunque los tres son de los últimos años de la década.

Para acercarnos un poco más a la unidad del libro, mencionemos brevemente el contenido, sobre todo, de los dos primeros capítulos. El capítulo I (“Confesión de un intelectual”) procede de una conferencia en la que Légaut hizo un primer balance en público de sus diez primeros años de vida campesina, después de haber dejado la

Universidad. Narra e interpreta el alcance de su gran cambio biográfico que expone, sobre todo, desde el punto de vista de lo profesional y laboral: experiencia de la guerra y decepción del nivel humano de los mandos, diagnóstico de las insuficiencias que conlleva la vida y el trabajo intelectual en un medio protegido (falta de carácter, incapacidad para ser jefe), pretensión de buscar un camino para renovar la enseñanza universitaria, intento de compaginar trabajo intelectual y manual, y, por fin, opción por una vida campesina que, al cabo de diez años, examina en público.

El punto de vista profesional y laboral, junto con su alcance social (el universitario tenía que ser un dirigente), es muy importante para explicar el cambio biográfico al que llegó Légaut. Además, es el punto de vista que él escoge. Sin embargo, el cambio biográfico de Légaut procedía –como cualquier cambio– de un origen más complejo. El origen de dicho cambio tenía que ver, por lo menos, con otras tres cuestiones más. Primero, obedecía a una crisis y a una revisión de su papel de jefe en los grupos de enseñantes cristianos surgidos de la Escuela Normal Superior, donde él continuaba la tarea del Abbé Portal, fallecido en 1926. Por razón de esta actividad, Légaut había ido dejando la investigación matemática y se había ido encontrando en falso. Segundo, fue un cambio que incluyó el abandono de su vida de célibe dedicado a la ciencia, la enseñanza y el apostolado: un tipo de vida y un proyecto comunitario que al principio compartió con un pequeño grupo de compañeros que muy pronto se deshizo. Y, tercero, este cambio tuvo mucho que ver con una coyuntura histórica que lo posibilitó. En repetidas ocasiones Légaut reflexionó y escribió sobre este hecho: de no haber sido por el clima de la guerra, que permitía todos los cambios pues había dejado todo en un compás de espera y de indeterminación respecto de cualquier compromiso anterior, él, probablemente, hubiera sido incapaz de emprender los pasos que lo llevaron a su “*retour à la terre*” y su gran cambio de forma de vida.

El capítulo II, por su parte, es un ensayo cuya idea es la de exponer las etapas de la “vida de la fe” en relación con las edades de la

maduración del hombre (infancia, juventud y vida adulta) y con algunas de las situaciones fundamentales de la biografía personal. Su atención se centra en la vida adulta. En ella destacan, sobre todo, su carácter de “no retorno” (las grandes decisiones están tomadas), la paternidad y la muerte. Podemos comprender que Légaut seleccionase estas tres cuestiones a partir de su situación: ruptura fuerte con su forma de vida anterior, cincuenta y siete años de edad, seis hijos —el mayor tendría unos doce años—, y conciencia de estar en un camino en el que, como dirá a veces, se encontraba como “enterrado en vida”.

A la vista del contenido de estos dos primeros capítulos, se comprende que el tercero venga después. Sólo después de haber reflexionado y escrito sobre el itinerario global de la propia vida procede hacerlo sobre el itinerario propio del orden de la inteligencia y exponer las diferentes etapas y niveles de una vida de conocimiento, así como la distinción fundamental que hay que hacer entre las investigaciones intelectuales (universitarias o encuadradas en un conjunto como es la Iglesia y su sistema doctrinal) y la búsqueda religiosa en el sentido de búsqueda en el plano singular y particular de cada cual, es decir, en el plano personal o espiritual irreducible a una espiritualidad que sería también del orden de lo general.

Por otra parte, a estos tres primeros capítulos, se les ensambla bien el cuarto sobre el testimonio del adulto que, sin embargo, es anterior en el tiempo, como ya dijimos. Es lógico tratar del trabajo de la expresión y de la comunicación que supone el testimonio adulto no antes sino después del trabajo de vivir y del trabajo de pensar.

La lógica que une los cuatro primeros capítulos es válida a pesar de un hecho que nos lleva a otra interpretación, no contraria sino complementaria. Como ya dijimos, el capítulo IV es el más antiguo de los siete que componen el libro, si se exceptúa la *Confesión de un intelectual*, cuyo título ya apunta al “testimonio”. Légaut, a partir de la “Confesión de un intelectual”, es decir, a partir de su vuelta a un comunicarse en público, reflexiona sobre el modo como ha regresado y quiere seguir regresando a la palabra después de bastantes años de

silencio. El modo es el “testimonio” y ello determina el estilo y talante de todos los capítulos de este libro; también del II y del III, que, sin embargo, precederán al “testimonio del adulto” porque, como decíamos, al trabajo de expresar y comunicar, le anteceden, en cierto sentido, el de vivir y el de pensar ⁽¹⁾.

¿Cómo integrar los otros tres capítulos, cuyo carácter misceláneo parece prevalecer? Podemos indicar lo siguiente al respecto. Primero, que son textos de este tipo peculiar de discurso que es el testimonio. Segundo, que son textos que amplían por dentro lo que Légaut intentó abarcar y desarrollar en el segundo capítulo: amplían la vida de fe. No en vano los tres capítulos (El fracaso en el plano de la existencia, El otro y el prójimo y El cumplimiento espiritual) versan sobre tres elementos capitales de lo que Légaut entiende por vida de fe. Por otra parte, estos tres textos, incluíbles en el capítulo segundo así como también es incluíble en él lo biográfico del primer capítulo, *son*, además, *la materia de la que surgirán* las obras posteriores de Légaut. Desde la perspectiva de la obra posterior de Légaut, sobrevolando estos tres capítulos, es decir, prescindiendo de muchos otros elementos importantes que anidan en ellos, se puede formular la unidad y progresión de dicha obra pero desde un punto de vista determinado: el punto de vista de la acción, del trabajo de la relación y de la alteridad. Así, el capítulo V (El fracaso en la dimensión de la existencia) trata, sobre todo, de las relaciones fundamentales, de las relaciones más cercanas y electivas y de la misión (amor humano, paternidad y luego fe y misión en HBH); por su parte el capítulo VI (“El otro y el prójimo”) trata de las relaciones que surgen al azar de los trabajos y los días, y el capítulo VII (“El cumplimiento espiritual”) trata, sobre todo, de la acción o del trabajo del hombre, en la sociedad y en su grupo religioso.

⁽¹⁾ Esta Introducción es de 1996 y ahora, en 2020, sólo la hemos revisado un poco. Pero queremos incidir que, sobre el lugar y la relevancia del testimonio dentro de lo que hemos llamado los géneros expresivos propios de la vida espiritual, hemos tratado con posterioridad en nuestro estudio postliminar a Plegarias de hombre, Madrid, AML, 2017, p. 100-106.

Dos hebras articulan y tejen, pues, la unidad de este libro. La primera hebra es la reflexión de Légaut sobre el estatuto y la razón de su búsqueda y de su modo de hacerla. La segunda son algunos resultados o ejercicios. Ambas aparecen en cada capítulo. Sin embargo, la primera línea predomina en los cuatro primeros y la segunda, más bien, en el segundo y en los tres últimos. Estas dos líneas (reflexión sobre la actividad de la fe y sobre su capacidad de dar un sentido al itinerario humano) son, además, las que vertebran la obra entera de Légaut. La primera ganará tanto en precisión para sus distinciones como en riqueza para sus observaciones, y la segunda aumentará en independencia respecto del lenguaje religioso convencional. Así es como este librito intenta dar cuenta y proponer una actividad y un “trabajo” de búsqueda e investigación específicos, los de la “fe”.

Esta actividad no es una junto a otras de su mismo rango sino que pertenece a otro orden, que es el que Légaut quiere establecer. No es que dedicarse a ella implique dejar las otras, aunque haberla descubierto y cultivarla modifica la forma de vivir las otras. Además, en el itinerario particular de Légaut, dado su carácter pionero y extremo, sí que se acentúa el conflicto entre actividades como si fuesen del mismo rango y por tanto excluyentes. De ahí su forma de exponer, que es, muchas veces, comparativa y conflictiva, por contrarios más que por complementarios, por disyuntivas, más que por órdenes articulables.

Légaut, al cabo de un buen trecho de su itinerario, hace un alto y reflexiona escribiendo los textos que forman este libro. En cierto modo, podríamos decir que hace un balance y redacta un *informe* donde expone la legitimidad de su trabajo y de su búsqueda; trabajo y búsqueda a los que ha sido llevado y que le han apartado de los caminos trillados por donde se transita de ordinario; caminos que siempre gravitan con su evidencia y cuestionan el valor de su propia senda de solitario. Para decir y decirse la *legitimidad* de su trayectoria, expone lo que podríamos denominar sus fuentes, su concepto, su método y sus hipótesis, junto con una parte de sus resultados. En este librito, por tanto, Légaut establece la razón de ser del trabajo de la fe

y muestra cómo aporta un conocimiento y una experiencia del hombre y de lo real, a los que no pueden acceder las ciencias o cualquier otro conocimiento basado en lo general y que, en cambio, son capitales para la renovación espiritual e intelectual que todavía está por hacerse. Arrastrado por el surco de la escritura de Légaut en esta obra, ojalá que se suscite en el lector: “el deseo de continuar su propia búsqueda en la línea que habrá descubierto” en esta obra, tal como dice Légaut en su breve prefacio a la segunda edición en francés.